
EN LA MUERTE de don Marcelino M y Pelayo

Acababa yo de celebrar cuando me dieron la tristísima noticia. Mi pena fué tan grande como no la sentí nunca, ni aun en la muerte de personas queridas. ¿Por qué? Porque al cariño del amigo se unía el recuerdo de la gloria de la Patria. Todos los días vemos á la muerte *haciendo su presa* en vidas *ordinarias*, y nuestros ojos, habituados á contemplar cadáveres, apenas se humedecen con el llanto. Pero cuando la muerte deja caer la segur en una vida tan excelsa como la de don Marcelino Menéndez y Pelayo, el espanto invade nuestro ser y las lágrimas brotan después á torrentes, porque nos parece que *algo* se desplomó en el firmamento, que cayó de las alturas un astro radiante como ninguno y bienhechor de la humanidad como pocos. Dios sabe cuándo nos enviará otro igual pronunciando el *fiat lux*. Nos contentaríamos los hombres con que el astro *nuevo* fuese igual al que acaba de extinguirse.

¿Quién igualaba en el mundo á don Marcelino Menéndez y Pelayo? Es necesario decir la verdad, toda la verdad, porque es fácil demostrarlo; don Marcelino Menéndez y Pelayo, no sólo era la figura intelectual más gigante de la España contemporánea; en la Historia de la humanidad, desde Platón, Aristóteles y San Agustín, á la época presente, en los estudios que don Marcelino cultivó, *no tiene rival en la Historia*. Si en el vasto imperio de las inteligencias hay reyes, don Marcelino ocupa un trono. Dios le envió al mundo, *por una vez*, para darnos idea remota de la grandeza intelectual de los ángeles. Porque—hablando en el lenguaje de la histología y fisiología—, ¿qué arquitectura cerebral tan excelsa era la suya! ¿De cuántos infinitos modos se relacionarían las *neuronas* en aquella potente cabeza de don Marcelino Menéndez y Pelayo!

Fué grande en su *poder de visión* para leer en un mes lo que muchos

hombres no son capaces de leer en toda su vida; grande en su memoria estupenda, inmenso almacén de noticias que no logran adquirir generaciones de inteligentes investigadores; grande en el poder de su entendimiento para unir esas noticias con eslabones de oro, para iluminar los puntos más oscuros y averiguar las relaciones más delicadas y el entronque misterioso de las ideas, y á través del polvo de los siglos, sorprender en el momento de su inspiración generosa ó del plagio consciente ó inconsciente á los autores todos, críticos, filósofos, historiadores, poetas y dramaturgos que no pudieron soñar con que un hombre fuera capaz, en el transcurso de los tiempos, de señalar las fuentes donde aprendieron lo que sabían; fué grande en la expresión de

todas esas cosas, en su estilo de fuego, viril y castizo que no tiene rival en la lengua castellana; fué el gran restaurador de la ciencia española en frente de una raza de pedantes ó degenerados; grande en sus obras inmortales que servirán de columna de fuego á los estudiosos en el "desierto" de la investigación, y de alimento y consuelo á todos los verdaderos hijos de España; grande en su vida modesta, alejada del bullicio y el estrépito del mundo de la política, asesino de inteligencias elevadas, y consagrada exclusiva y santamente al estudio de los tesoros de la religión, la ciencia y el arte.

Y para que nada faltase á su grandeza, también le visitaron las contradicciones y el dolor. ¡ Ah! en los árboles seculares cuyas raíces se esconden

en las entrañas de la tierra y cuya copa se eleva al cielo, suelen hacer su nido varios insectos perjudiciales, descascarillando parte de la epidermis; lo cual no es obstáculo para que el árbol reciba la luz y el oxígeno de la vida por la superficie de sus hojas más altas, y continúe las maravillosas operaciones de su inmeso laboratorio, dando sombra y abrigo á los insectos inocentes que morirían sin él.

Ese fué don Marcelino Menéndez y Pelayo. Los fundamentos de sus estudios se esconden en las entrañas de la Historia; y la cima es tan alta, que la inmensa mayoría de los hombres apenas pueden verla totalmente, como la verán las futuras generaciones, cuando el potente sol de la crítica la dé á conocer en la integridad de sus contornos, en el esplendor de sus líneas, en la solidez brillante de su masa y en toda la hermosura del conjunto soberano.

¡Descanse en paz el varón sabio que supo dar días de gloria á Dios y á la Patria!

El duelo de la nación española debe ser proporcional á la inmensa pérdida que ha sufrido: esa pérdida fué adivinada por la Orquesta Sinfónica de Madrid, cuando al tener la triste noticia, entonó la marcha fúnebre de *El ocaso de los dioses*. ¡Que el Dios sobre todos ellos, al decir de la Santa Escritura, llene, á estas horas, con la espléndida visión del paraíso, el alma de don Marcelino Menéndez y Pelayo!

P. ZACARÍAS MARTÍNEZ-NÚÑEZ,
*provincial de los Agustinos de
El Escorial.*

Madrid, á 20 de mayo de 1912.
